

también la sobrepoblación. Es cierto que el exceso de población, que por causas de desajuste rural, soporta actualmente la ciudad de México, ha provocado una densidad demográfica peligrosa. En efecto, en 1950 el total de la población en el Distrito Federal ascendía a 3 057 171 y siendo su superficie de 1 483 kilómetros cuadrados, su densidad era en esa fecha de 2 061 habitantes por kilómetro cuadrado, pero esta cifra ha aumentado en los seis años transcurridos. Ello significa una tremenda concentración en un área limitada, calculándose además que del total señalado, 909 809 habitantes eran inactivos por ser menores de doce años y 1 051 251 habitantes eran económicamente inactivos (196 234 hombres y 855 017 mujeres). Desde el punto de vista sociológico, ya todo el Distrito Federal constituye la urbe metropolitana, pues no se pueden tener en cuenta actualmente las antiguas demarcaciones políticas, pero para los fines estadísticos, es decir, sin comprenderse las Delegaciones y los aledaños, la ciudad de México tenía en 1950 una población de 2 333 914. Desde luego hacemos notar que la población económicamente inactiva no es productora de riqueza, pero sí constituye una gran masa consumidora e improductora. Una cifra muy elevada de la población capitalina tiene su origen en los campos y al llegar a la ciudad a radicar, se torna económicamente inactiva por su incapacidad para los trabajos urbanos, debido a su impreparación, su incultura o su edad, pues hay que tener en cuenta que los elementos sanos, vigorosos y más despiertos y capacitados que salen del agro, emigran como braceros a los Estados Unidos. El elemento rural masculino, inadaptado a la vida urbana por las razones dichas, ingresa a las filas de los desocupados, de los vagos, de los mendigos o malvivientes y encontrándose al borde de la criminalidad, cae en ella con frecuencia. El elemento femenino del mismo origen, ingresa generalmente a las filas de la servidumbre que le sirve de escalón para las pequeñas industrias o el comercio, pero también deriva hacia los centros de prostitución, restaurantes-bars y cabarets, constituyendo delinquentes potenciales.

Contribuye a aumentar el índice de pobreza en nuestro medio ciudadano, el escaso valor adquisitivo de nuestra moneda en relación con el aumento constante de los precios de las subsistencias y de los artículos de primera necesidad. También la exigüedad de los salarios es causa de la miseria que se palpa, pero cuando éstos aumentan, automáticamente suben los precios de los alimentos, siendo casi inútiles los esfuerzos que hasta ahora ha realizado el gobierno para detener el alza de los precios, pues los acaparadores emplean todo género de maniobras, ocultación, adulteración, mercado negro, para realizar sus fines. Cuando los salarios son reducidos y concurren las circunstancias enunciadas, todo ahorro se vuelve imposible, pero además es proverbial que

el mexicano no tiene el hábito del mismo y generalmente gasta más de lo que gana, viviendo siempre endeudado.

Al espectáculo de pobreza tan raquíticamente esbozado se une el de las malas condiciones de salubridad e higiene ciudadinas que también tienen su origen tanto en el desmesurado crecimiento de la ciudad como en el exceso de población. La escasez de habitaciones adecuadas, las pésimas condiciones de las actuales, dan por resultado que más de la mitad de la población viva en viviendas miserables, antihigiénicas, insalubres, amontonándose en espacios reducidísimos y en una promiscuidad tal de sexos y edades, que no sólo no permite la armonía y el desarrollo espiritual de la familia, sino que engendra toda clase de tensiones y el relajamiento moral. El problema de construcción de habitaciones se agrava en la ciudad de México por las peculiaridades geológicas de su subsuelo que redundan en el alto precio de las mismas. Posiblemente el programa de construcción de casas y edificios proletarios y multifamiliares que el gobierno está elaborando y desarrollando, ayude a resolver este problema que la iniciativa privada se empeña en ignorar, porque naturalmente una inversión para tal fin no le proporcionaría ganancias.

El crecimiento patológico y la aglomeración demográfica de nuestra ciudad involucra problemas de toda índole cuya resolución tiene que ser total, pues todos los aspectos están íntimamente relacionados: abastecimiento del líquido potable, purificación de las aguas, drenaje de las aguas negras, disposición de los residuos sólidos, basuras, no pueden ser resueltos sino a base de colosales obras y elevadísimos gastos.

El desplazamiento continuo que debe efectuar la población ciudadina para trasladarse desde sus lejanos hogares hasta los centros de trabajo, trae problemas de comunicación y tráfico que aún no han llegado a resolverse satisfactoriamente y que además provocan una enorme pérdida de tiempo productivo y tensiones psicológicas que afectan profundamente el carácter del ciudadano.

Otra causa de desajuste social se observa en las continuas tensiones que representa la lucha de clases entre los sectores patronal y obrero en nuestro vigoroso y naciente medio industrial, por los procedimientos extra-legales, huelgas locas, paros, etc., que a veces se emplearon y que afortunadamente han disminuído y tienden a desaparecer totalmente.

Se ha observado asimismo que los individuos que por largo tiempo radican en las ciudades van modificando poco a poco su fisiología y transformándose, cambiando su tipo orgánico para asimilarse a la vida propia de la ciudad. La vida de las grandes urbes provoca un estado de emotividad intensa, de agudeza psicológica, se vive una perenne existencia de tensión nerviosa, de sobresalto, de angustia, de inseguridad económica que trae consigo a veces una especie de

psicosis colectiva y que se aprecia en los modos, en las actitudes y en las formas de conducta. Si bien el trato con los otros individuos es más frecuente, se hace más superficial y este congestionamiento de semejantes a los que sólo se conoce en forma muy relativa, va transformando al individuo, haciéndolo solitario, sin más sostén que sí mismo, más independiente y a veces más desligado de compromisos sociales, por ello el coeficiente de suicidios urbanos es mucho más elevado que en el campo y, además, este aislamiento provoca, desde el punto de vista biológico, la disolución de los vínculos familiares y, en consecuencia, la pérdida del natural deseo de descendencia; es un rasgo esencial de todas las grandes ciudades el decaimiento de la voluntad de procrear y ello repercute notablemente en el índice de natalidad urbana.

También el clima propio de las ciudades modifica a su habitante. Los climatólogos han producido una abundante literatura sobre las condiciones climáticas urbanas, denominando a las ciudades "islas climáticas", productoras de un clima especial, "de ciudad", originado en el desierto de piedra que ésta representa, así como en su atmósfera particular, llena de partículas sólidas, orgánicas e inorgánicas que flotan en ella, así como gases de combustión de la industria, calefacción, tráfico automovilístico y constante polvo de las calles. La ciudad de México en especial aún confronta el problema de la desecación del lago de Texcoco que provoca las llamadas "tolvaneras" que periódicamente cubren a la ciudad con su manto de polvo. Representan las ciudades centros de gran oscilación térmica que provocan enfermedades de las vías respiratorias. Muchos de estos padecimientos, típicos de las urbes, ya son denominados "enfermedades de gran ciudad", unas son de origen profesional, ligadas a cada uno de los oficios ciudadanos, otras están ligadas a los bienes de producción, otras a las condiciones de habitación, a la insalubridad, a la falta de higiene y muchas más a la deficiente alimentación. Son el precio de la vida urbana, que afortunadamente como foco de la cultura, del arte, de la ciencia, de la elevación del espíu, presenta también otros aspectos optimistas y halagüeños que hacen que valga la pena vivir en ella.

Todas estas características que tienen que tener presentes sociólogos, urbanistas, juristas, economistas y legisladores, contribuyen a dar la caracterología especial del habitante urbano que precisa conocer para hallar una explicación y una solución a las múltiples causas de desajuste social que tienen por marco las áreas naturales de la ciudad, y para tratar de realizar así la perfecta comunión entre el habitante urbano y su ciudad.

LOS PROBLEMAS DE CONTROL SOCIAL EN LAS CIUDADES

Por Stuart A. QUEEN *

Desarrollo de la Sociología Urbana y Aparición del Concepto de Continuum Rural-Urbano.—El Control Social en Relación con el Continuum Rural-Urbano.—Factores Relacionados con las Diferencias Rurales-Urbanas en el Control Social.—Perspectivas.

Desarrollo de la Sociología Urbana y Aparición del Concepto de Continuum Rural-Urbano.—Durante mucho tiempo ha habido escritores y oradores, moralistas y reformadores, que han hablado y escrito en torno a la "ciudad inícuca". Hace poco menos de 10 años, un editor de revistas y periódicos estadounidenses publicó una serie de artículos con el título de "Las ciudades son anormales".¹ Todo esto parece ser el resultado de que las ciudades del hemisferio occidental son de reciente creación, dando como resultado la desviación de las normas rurales, apareciendo cierto desconcierto en las ciudades mismas y encontrándose ahí especies de conducta que generalmente se considerarían criminales, corrompidas o viciosas, y que podrían juzgarse como casos de explotación o desvío. En otras palabras, el concepto de "la ciudad inícuca" implica en sí misma la moralización y la siguiente subdivisión: la sociedad occidental, considerada en su parte rural (que se supone moralmente pura y buena) y en su parte urbana (que se supone moralmente perniciosa y mala).

Quando los sociólogos empezaron a interesarse seriamente en la realidad tangible en vez de limitarse a sistemas especulativos, se produjeron las llamadas sociología rural y la sociología urbana. La división de ellas, por lo menos en los Estados Unidos, indica que la dicotomía popular se continuó por los estudiosos a principios del siglo xx. Sin embargo, en 1915 Galpin introdujo el vocablo

* El Dr. Stuart A. Queen es catedrático de sociología en la Universidad de Washington de Saint Louis Missouri, U. S. A. Su trabajo fue redactado en español por él mismo y leído en dicha lengua en el Congreso.

¹ Elmer T. Peterson, editor: *Cities are Abnormal*, Norman Okla.; University of Oklahoma Press, 1946.